

BREO

FRANCISCO NARLA

BREO

El celta que desafi6 a Roma



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: mayo de 2023

© Francisco Narla, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputació, 262, 2ª^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6419-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 8972-2023

Impreso en España

Lector, librero, periodista, editor... Han pasado los años, pero sigo pensando lo mismo que al escribir mi primera novela: gracias, muchas gracias por leer estas páginas.

Para mi fiel Dumas. Siempre eres el primero en escuchar mis cuentos. Renco y viejo, sigues dando sin esperar nada a cambio. Gracias.

Los valles eran trampas y se levantaron los
campamentos en los cerros, donde nunca antes
se había hecho.

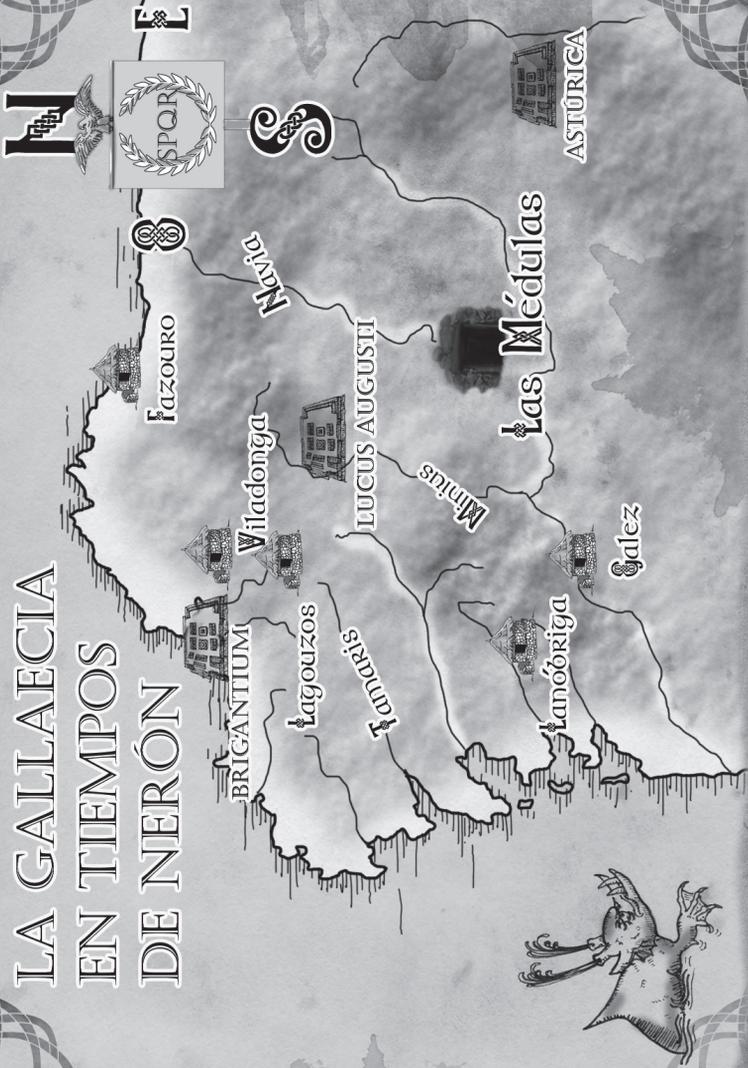
Llegaron refuerzos, tantos que jamás volvió a
reunirse tal número de legiones.

Se impartió la orden de matar a cualquiera
capaz de sostener un arma.

Pero no se rindieron, preferían quitarse la
vida a convertirse en esclavos.

Roma tardó doscientos años en conquistar
Hispania. Las rebeliones jamás cesaron...

LA GALLAECIA EN TIEMPOS DE NERÓN



El silencio aplastó al niño.

Cuando apartó las manos, los gritos habían terminado. Ya no se oía nada. Ni siquiera el viento se atrevía a susurrar entre las espigas.

Y todo fue silencio. Un silencio que ahogaba, hasta que las risas lo hicieron añicos.

El niño se revolvió entre los tallos. Y vio aquellas risas, lejos, más allá del cereal, apenas franjas borrosas, pero las vio; las risas, las sombras, las espadas, y el brillo de las antorchas.

El mijo, seco y lleno de verano, prendió como yesca. Y el fuego creció. Insaciables, las llamas se tragaron el silencio. Y las risas. Pero no el miedo.

Un cuervo echó a volar con un graznido y el niño apretó los ojos.

No quería llorar, pero, si obedecía, moriría.

Mamá le había dicho que se quedase allí, escondido. Y no se atrevió a desobedecer. No quería que se enfadase. Si se enfadaba, no acabaría el cuento. El de la dama que vivía en el manantial, en la sierra, donde se guardaban las nieves.

Lo había escuchado mil veces. La bella engatusaría al cazador. Lo sabía, pero no quería que mamá se enfadase. Quería escuchar el final. Quería sentirse arropado y dormirse en su voz.

Pero el fuego no conocía aquella historia.

Ya no habría siega. La plantación se convirtió en una pesadilla al rojo vivo. Los granos reventaban. Las chispas revoloteaban, caían y engendraban más llamas. Y el fuego, que tenía prisa, lo engulló.

Se abrazó las rodillas despellejadas. Y tosió. Y vaciló. Y tuvo que rendirse.

–Lo siento –tartamudeó–, mamá.

Y desobedeció.

Escapó, a gatas, arrastrándose como los ratones, que huían despavoridos. Se desolló los dedos, se arañó las manos. Salió trastabillando, sin mirar atrás, temiendo que una flecha le atravesase el corazón. Y tras él, furioso, el fuego rugió.

Corrió hasta la loma y se refugió tras la zarza. La misma que unos días antes le había regalado jugosas moras.

Allí volvió a verlos, al otro lado del fuego. Ya no tenían antorchas, pero seguían riéndose. Se alejaban del horror, satisfechos. Se llevaban su botín: la victoria. Dejaban atrás su legado: desolación.

Y el niño corrió. A su hogar. Hacia mamá.

Cruzó las hileras de piedras, los parapetos y el foso. Pasó junto al madero donde se ataban las riendas, dejó atrás las tallas sagradas. Y llegó a la muralla. Allí, flanqueado por las dos torres, encontró el portón, bajo el enorme dintel del que colgaban los colmillos.

Estaba destrozado. Los troncos, quebrados. Los herrajes, retorcidos. Nadie volvería a cerrarlo.

Y el primero con el que se topó fue con Zainus.

Había luchado junto a papá cuando Segilus mintió a las tribus. Había sido un guerrero del clan y también quien le había enseñado a trenzar las crines de las yeguas.

Se habían llevado su casco, su arma, sus brazaletes. Y le habían cortado la mano derecha, la de la espada.

Y no era el único. Desperdigados, rotos, los cuerpos sembraban la entrada. Habían peleado. Y habían pagado el precio.

Ainvar, sólo un par de estaciones mayor, el primero en presumir de barba, también lo había intentado. Su espada, mellada, yacía a unos palmos. Era el arma de un niño haciéndose hombre, y ésa no se la habían llevado.

Estaban todos muertos. Sólo quedaba el fuego.

Habían arrimado lumbre a los capazos de grano. A los techos, a la paja de las cuadras, a todo lo que pudiera arder. Dragones furiosos, hechos de llamas, reptaban por los muros y rugían sobre las casas. Consumían los postes, las varas, los juncos. A unos pasos, ardía el taller de Umar, aquel viejeco que tallaba flautas en las ramas de saúco. Ardía el taller y ardía el propio Umar.

Y el niño apartó los ojos del horror.

Y echó a correr. Corrió una vez más.

Corrió entre las casas, junto a las ortigas que brotaban en el umbral de Diviciacus. Pisó las calvas en la hierba, gastada por quienes iban a pedir consejo a papá. Saltó sobre el socavón que había frente al establo del Grueso.

Corrió. Con un brazo en alto, para resguardarse de las brasas. Por el camino de siempre. Como si regresase tras echar una galopada sin permiso.

Pasó junto a la casa de Apanio, que era quien tejía los mejores cestos. Y los cestos estaban en llamas. Y olía a manzanas asadas, porque también ardía el gran manzano frente a la cuadra de Titz.

Corrió, y el infierno se lo tragó.

Quería escuchar cómo la amada del cazador era embrujada.

-La convirtió en loba, en una loba blanca...

La leñera de la casa de vapor ardía. Más allá, los panes de sal del almacén reventaban entre crujidos.

Corrió. E intentó no mirar.

La pequeña Briga, con sus pecas, con sus trenzas desiguales, yacía junto a las varas de gordolobo. La habían sorprendido mientras la muy golosa recolectaba las ricas flores amarillas.

Corrió. Y mamá no lo riñó.

Mamá estaba allí.

Los dos estaban allí. Junto a la puerta. Y no quiso creérselo, pero allí ardían las pieles, la de un lobo y la de un oso, los centinelas de la familia. Y allí estaban las marcas que papá había hecho según crecían los hermanos. Y, más allá, dentro, el telar de mamá.

Y las llamas lo envolvían todo.

Él había intentado protegerla. Hasta el último momento.

Se habían llevado su cabeza.

El niño cayó de rodillas.

La mano, sucia, tinta de sangre, enseñaba los callos de la espada. Los dedos, recios, contaban otras historias, historias donde no había lobas blancas. Le faltaba el meñique, perdido bajo el hacha de un sureño. Y tenía una cicatriz.

–Me mordió una mula –le había contado en una ocasión. Sollozó.

–Fue una lanza –le había dicho en otra.

El humo lo apuñaló.

–Me caí de niño, cuando le robaba manzanas a Titoz.

Nunca sabría la verdad. Y, aun así, la conocía bien: era la mano de papá.

Y la mano de papá se había aferrado a algo. Fuerte, curtida, con su cicatriz, sin uno de los dedos, sujetaba un último deseo. Un pajarillo entre espinas. La mano de mamá.

–Al llegar la luna nueva –susurró el niño–, el cazador supo que el plazo se acababa. Debía matar a la loba blanca. La había estado esperando durante nueve días. Nueve días

con sus nueve noches, como le había dicho la bella dama de rubios cabellos...

El fuego crecía, y el castro se convertía en ruinas. Su vida se volvía cenizas. Y aquel cuervo arañaba las nubes volando sobre el infierno.

—¡Es una historia estúpida!

Los sollozos trocearon las palabras.

—¡Era una loba! El cazador no la hubiera reconocido, ¡no puede ser cierta!, ¡no...!

Uno de los techos se derrumbó. Salpicó brasas y sopló bocanadas que envalentonaron a otras llamas. Pedazos de los postes salieron disparados. Uno, ardiendo, cubierto de brillantes escamas, le pasó a un palmo.

Tenía que salir de allí. Escapar. Correr una vez más.

—No... —repitió lastimero.

Y sólo le respondió el viejo manzano, que se resquebrajó con un crujido.

No quedaba nadie. O se los habían llevado como esclavos o los habían matado. Nadie soplaría el cuerno por los muertos. Nadie entonaría los cantos que honraban a los valientes. Nadie llevaría a papá hasta la isla en el gran río para ser entregado a los buitres.

—No —protestó—. ¡Es una historia estúpida!

Entonces lo vio. En la esquina entre la casa y la cuadra. Se habían llevado las ovejas, pero se habían dejado algo atrás.

Una vara de serbal, sobada por las batallas y rematada con una estatuilla de bronce, un jinete que blandía una espada sobre las tres colas de caballo. Las tres crines blancas.

—No —repitió entre dientes apretados.

El niño se acercó. Y algo irrefrenable estrujó su rostro. Tiznada de hollín, marcada por los regueros de las lágrimas, aquella tierna cara se llenó de odio y, en sus ojos, del color del mar, se desató una tormenta.

—¡Nooo!

El grito arrancó algo de sus entrañas y pateó el estandarte con todas sus fuerzas.

—¡No!, ¡no!, ¡noooo...!

Y lo pisoteó. Y maldijo. Y se arrancó los brazaletes, los que papá le había regalado. Y los tiró al suelo.

Uno de los establos se derrumbó. Las piedras de las casas blanqueaban, como en el horno listo para recibir el pan.

Y oyó algo. Gemidos que salían de la cuadra en llamas. Y entró sin pensárselo.

Para llevarse al rebaño, habían matado a la perra. La pobre, con un tajo en el costado, se había refugiado en una esquina con su último aliento.

La lobera, de un gris sucio y revuelto, se había apagado. Y descubrió tras ella a la camada que él mismo había ayudado a nacer. Mamá le había dicho qué hacer, y la perra, agradecida, le había lamido las manos.

Seis cachorros. Dos pardos, que heredaban del padre; otros tres indecisos, con manchas de ambos colores, y el último, el más pequeño, ceniciento, como la madre.

Todos habían muerto, ahogados por el humo. Todos menos uno. El pequeño. Era él quien gemía. Sus zarpas amasaban el pescuezo, pidiendo una leche que no llegaría.

Se acercó. Y el cachorrillo gruñó e hizo ademán de morderlo.

La furia del niño se había desvanecido, ahora sólo quedaba el desconcierto. Y la pena. Una pena honda y amarga.

—Lo sé —dijo al cachorro, que, sin separarse de su madre, lo miraba con suspicacia—, ya lo sé. Yo también.

El perrillo inclinó la cabeza y lo miró.

—Después de tanto esperar. Luchando por no quedarse dormido. El cazador la vio llegar, a la loba blanca...

No quedaba tiempo. Y no intentó coger al lobero. Salió y siguió contando aquella historia.

El cachorrillo lamió el hocico frío de su madre, gimió por última vez y dudó, como lo había hecho el niño. Al cabo, saltó para perseguir los talones de su amo.

—... la loba se inclinó para beber del manantial, y el cazador, a punto de soltar la flecha, vio en sus ojos el reflejo de la luna... Tuvo un presentimiento...

Echó un reajo bajo el flequillo, del color de aquel mijo lleno de verano. El animal lo seguía, a trompicones, con pasos torpes de cachorro. Y procuró no mirar otra cosa que el suelo ante sus pies.

Con el infierno a sus espaldas, sin miedo a la noche, salió del castro y pasó bajo el madero donde colgaban los enormes colmillos.

No advirtió que había alguien más. Quedaba alguien con vida en lo alto de las murallas.

Una forastera.

Y aquel cuervo descendió sobre ella y se posó en el hombro de una capa gastada por los caminos.

De haber mirado, pese a los remiendos, el niño hubiera reconocido la lana blanca. La que sólo podían vestir los miembros de la Orden.

Y la capucha se retiró. Y el resplandor del fuego reveló un millar de arrugas y ojos tan claros como lluvia sobre piedra mojada. Era una anciana. Y una voz vieja le susurró algo al cuervo, algo ajado que escapó con la brisa y sonó a tristeza.

El cuervo graznó una pregunta, y ella señaló.

Hacia el norte. Hacia el océano.

«Siempre las naciones del norte
y del océano son las más guerreras».

Estrabón, en el libro III de *Geografía*



Allí las montañas temblaban.

Allí moría la esperanza.

Y allí había tres clases de hombres: los muertos, los que agonizaban y los culpables.

Eran las minas más grandes del Imperio. Y en las minas de Astúrica sólo había una verdad: las almas se rompían, y Roma escupía los pedazos.

A veces, pocas, se capturaba una rata y se comía caliente. Otras, llegaban esclavos frescos, y el espanto de los nuevos aligeraba las miserias de los veteranos. Incluso los había con tan pocos escrúpulos como para apostar. Señalaban a su candidato y se jugaban un puñado de migas reseca.

Tarvus, no. Tarvus no apostaba.

Sólo era una sombra del guerrero que peleara contra Segilus y sus mentiras. Pero una sombra que aún respiraba.

De su remesa, y a su llegada alguien habría apostado por él, Tarvus era el único en pie.

—Ése —señaló Ciaxaros con una risilla—. El mequetrefe.

Al menos, Tarvus disfrutaba hoy de una condena al aire libre.

El día anterior los capataces habían abierto las compuertas del dieciséis. Y el dieciséis se había rendido en una avalancha que había arrollado a cuatro desgraciados por los que nadie preguntó. Ahora tocaba acarrear los lodos.

Y, como otros veteranos, piltrafas que ya no soñaban con fugarse, Tarvus había sido asignado a los carros que iban y venían de los lavaderos.

Las sogas abrían las manos más curtidas. Los pies se hundían en barro pegajoso. Las ruedas atrapaban brazos despidados. Y los bueyes, amoscados por el peso, pisaban con sus enormes pezuñas o, de un testarazo, encornaban a quien los guiaba. Y, aun así, era una recompensa, porque podía ser mucho peor. Podía entrarse en las galerías y picar doce horas, tanto como aguantasen las lucernas.

–Te digo que ése, el enclenque...

Tarvus miró por encima del yugo.

Con disimulo, para no llamar la atención de los guardias, Ciaxaros señalaba. Su dedo mugriento apuntaba a uno de los que, cargados de grilletes, llegaban por primera vez al gran lodazal en la boca de las minas. Todos miraban con ojos desorbitados. Los barracones, los legionarios, los canales, los ingenios mecánicos y, más que ninguna otra cosa, las heridas en las montañas.

–El moreno con pinta de vestal. Ése está en su punto –rio entre dientes escasos y podridos–. Blandito y tierno...

Los nuevos frenaron en seco al ver las pilas de cadáveres. El terror clavó sus pies al suelo, y ni uno solo de ellos se movió. Ni siquiera cuando el látigo restalló para arrancar la oreja a un rubio de largos bigotes que se echó a chillar como un gorrino.

Ya nadie le extrañó aquella habilidad endemoniada. El látigo lo manejaba Druso, un veterano de las campañas contra los partos que no había pasado de simple custodio del armamento. Se rumoreaba que había luchado a las órdenes del propio Corbulón y que, al licenciarse, se le habían concedido tierras en la Bitinia, pero que las había perdido a los dados y, tras reengancharse con el rabo entre las piernas, había terminado bajo la bandera de la Sexta, «la Victoriosa», en las minas de Hispania.

Otro aguantó estoico tres latigazos entre los hombros. Y siguieron sin moverse. Hasta que un tercero cayó de rodillas

con el gznate abierto, sangrando a borbotones. Entonces se convencieron todos, incluso el que había perdido la oreja.

–¡Anímate! Ése no pasa de esta noche –aseguró el escita–. Las raciones de mañana...

Tarvus no contestó. Observó al muchacho, arrugó el ceño y se limitó a bajar el mentón. Luego chistó a los bueyes para que se movieran y para que el carro, con su eterno chirriar, los siguiera.

Sin embargo, esa noche, en lugar de derrumbarse para atrapar unas pocas horas de sueño, buscó en los barracones a los recién llegados.

No le costó dar con ellos. Eran los únicos a quienes el cansancio no había vencido. Juntos, en silencio, se amontonaban alrededor de una lucerna como polillas embobadas ante el sebo ardiendo.

Allí estaba. Menudo, de piel olivácea, con un rostro delicado, casi femenino.

Y Tarvus se dejó caer a su lado.

–Trabaja lo suficiente para no recibir latigazos –espetó de mala gana–. Conserva las fuerzas. No cambies tus raciones por un lugar para dormir, todos son igual de malos, y la comida te hará falta. Y lo más importante: no te fíes de los aguadores –recalcó con desprecio, señalando a un grupo que se mantenía apartado–; son los que se han ganado la confianza de los guardas. Chivatos que venderían su alma por unas gachas.

El muchacho lo miró confuso. Tarvus se limitó a aporrearle una mano callosa en el hombro. Luego se levantó.

–Me llamo Ursicenus...

El antiguo guerrero asintió, calló e intentó irse, pero el joven lo agarró por la muñeca.

–Tarvus –refunfuñó sin volverse–. Mi nombre es Tarvus.

Se oían ronquidos y también los quejidos de algún herido. Apeataba a tripas que vaciaban una dieta escasa y a orines de aguas estancadas.

–¿Cuántos años llevas aquí?

–Ni lo pienses, no merece la pena... Te encontrarán, tienen buenos rastreadores. Son unos puercos, ¡bastardos! Han olvidado el nombre de sus padres, pero saben lo que hacen...

Ursicenus quiso interrumpir, pero no pudo.

–Y tanto si intentas escapar como si intentas rebelarte, morirás...

–Prefiero morir luchando –replicó orgulloso–, y no como una vaca en el establo. –Abarcó los barracones con un gesto–. Mejor morir luchando que vivir como esclavo.

Tarvus sonrió. Con tanto cinismo que su rostro se resquebrajó, pero no replicó. Intentó marcharse de nuevo, y el muchacho volvió a retenerlo.

–No podemos rendirnos.

–El valor es inútil. Si escapas o si te rebelas, morirás –repitió–. Y elegirán a diez de nosotros..., y los matarán también, como castigo. Los atarán a las ruedas de los canales, los crucificarán, los encadenarán en algún cerro para que los osos los destrocen, o inventarán una cafrada nueva. Si lo intentas, matarás a diez de los nuestros...

Ursicenus comprendió la apatía que inundaba el barracón y tragó con dificultad.

–Pero ha de haber alguna esperanza...

Tarvus lo miró con fijeza.

–Aquí la esperanza lleva a la locura.

La expresión del joven rebelaba la lucha en su interior.

–Alguien llamará a los clanes. ¡Y lucharemos! Los echaremos de nuestras tierras.

–Las viejas leyendas están muertas –respondió Tarvus, tajante–. Ninguno de los antiguos reyes regresará. Los lobos –dijo, señalando al exterior de los barracones– han llegado. Y nunca hubo lobos con más hambre que los cachorros de Roma.

Ursicenus sacudió el mentón.

–Turainos lo hubiera conseguido...

Aquellas palabras endurecieron el rostro de Tarvus, y el muchacho, intimidado, calló.

–A mí me capturaron en Lagouzos. A mí y a muchos más. Y yo soy el último con vida que caminó bajo los colmillos... –Se perdió en sus recuerdos–. Hace nueve años –dijo, mirándolo fijamente, contestando al fin aquella pregunta–. Hace nueve años lo perdimos todo.

Incrédulo, Ursicenus titubeó.

–Es agua pasada –se lamentó Tarvus–. No queda honor, los hombres ya no se miden por su coraje... Ahora somos ovejas. Ni siquiera podemos quitarnos la vida con dignidad... Si lo hacemos...

No hizo falta que terminase.

–Las tribus podrían volver a unirse –insistió Ursicenus, testarudo–. Dicen que Breo escapó, que nunca lo encontraron.

Tarvus clavó sus ojos cansados en el muchacho. Más allá. A espaldas del muchacho. En el pasado. Sus manos se cerraron y los nudillos blanquearon.

Temiendo un puñetazo, Ursicenus se encogió.

–Allí...

No terminó. Y no lo hizo hasta mirarse los puños con incredulidad y relajar los dedos con un suspiro amargo.

–Allí no quedó nadie con vida... Ni el más pequeño de los críos de Turainos. Nadie. Sólo fuego.

Ursicenus tuvo que tragarse las preguntas. Aquel látigo, el que se decía trenzado con cueros de camello por los hircanios, aquel látigo restalló en el aire. Y le siguió la voz de su sádico dueño.

–¡Silencio! ¿Os creéis senadores? ¡Aquí no hay leyes que discutir! Aquí se pica y se duerme, se pica y se come, se pica y se caga –sonrió ante sus propias palabras–. ¡Aquí se pica y se calla!

Tarvus resopló, resignado, y no regresó a su lugar en los barracones. Se tumbó donde estaba.

El látigo cortó el aire una vez más.

–¡Mañana os espera un gran día! –se mofó con sorna–. ¡He preparado una sorpresa! He pedido personalmente que envíen rodaballo desde Brigantium. Y también la mejor salsa de pescado. –Se acercó los dedos a los labios, como si los hubiese untado con ambrosía destinada a los dioses–. La misma que mandan al Palatino.

El cuero volvió a restallar.

Y Druso siguió camino, hablando de pavos reales traídos del corazón de Persia, de carne de búfalo conseguida al sur de la Mauritania, de ostras enviadas desde Massilia.

Nadie, pese al hambre, se atrevió a pedirle que callase. Sólo intentaron ignorarlo; no escuchar, no imaginar.

Ursicenus, abatido, también se acostó. Y no advirtió lo que sucedía. Tarvus, en cambio, sí. Tarvus vio aflorar en el rostro del legionario la expresión de un zorro entrando en el gallinero.

Druso miró largamente al joven.

La misma delicadeza que había animado a Ciaxaros a apostar había cautivado al guardia.

El mar se echó atrás, roló sobre sí mismo y embistió las rocas.

Esparció espuma, desperdigó algas, escupió un cangrejo aplastado, que pagó caro el despiste y salpicó agua en todas direcciones. Tanta que empapó la cornisa que recorría los acantilados diez brazas más arriba, y también al lobero que caminaba por ella, al borde del precipicio.

Era del mismo gris revuelto que aquellas rocas viejas. Y, después de sacudirse la mojadura, volvió a su tarea de mirar al océano con suspicacia.

No apartaba los ojos del más grande de los peñascos que, mar adentro, se aguantaba en pie pese al empeño del océano por echarlo abajo. Encaramado en aquella roca estaba su amo.

Los hombros, fornidos, contaban que estaba acostumbrado a nadar. La cintura, apretada, que el hambre tenía confianza. No llevaba otra cosa encima que harapos, un bolsón cruzado al pecho y el hierro que sujetaba en la mano.

O era un loco o era un idiota.

Aun así, loco o no, sabía lo que hacía. Se agarraba como una lapa, se mecía con las violentas olas y, aunque costase creerlo, era capaz de guardar el equilibrio mientras robaba los tesoros que la bajamar había desnudado.

Sus manos volaban, buscaban asidero, rascaban con el hierro y atrapaban los percebes, todo a un tiempo.

Mientras, al borde de los acantilados, bajo las gaviotas que se peleaban por los restos del cangrejo, el perro pasea-

ba arriba y abajo, mirando nervioso las olas mientras su amo faenaba.

Hasta que se quedó quieto, hecho un manojito de nudos, y venteó como si oliese un rastro, alzando la cabezota greñuda y despeinada.

De pronto el viento pareció cansarse y el mar dejó de golpear, como si se hubiese quedado sin resuello. Hasta los pajarracos se olvidaron de chillar, y la más gorda de las gaviotas echó a volar con una pata del cangrejo en el pico.

Entonces el agua se desplomó y el océano entero bramó. Y en el horizonte se elevó una montaña azul y fría.

Y el lobero, tenso como una rama a punto de partirse, empezó a ladrar.

Se había tomado un respiro, pero el océano recuperaba el aliento y reunía fuerzas. Se echaba atrás amasando una nueva estampida, una mayor y devastadora. Un gigante dispuesto a destrozarlo todo.

Sus pies quedaron en seco, enseñando tobillos con heridas nuevas y cicatrices viejas, pero el mariscador mantuvo la calma cuando oyó los ladridos, incluso arrancó otro manojito antes de mirar al horizonte con el ceño fruncido y decidirse a buscar refugio al socaire del roquedo. Porque Suntus le había advertido de que se guardase siempre de la séptima ola, y aquella mala bestia, que empezaba a ocultar el sol, no era una de siete, era una de siete mil.

Parecía imposible, pero siguió creciendo, tomando impulso. Y ya no era una montaña, sino toda una sierra. Enorme e implacable. Un monstruo que se abalanzó sobre los acantilados para convertirlos en gravilla, empujando algas, maderos y, entre los espumarajos, un árbol arrancado de algún bosque lejano.

Estalló en espuma blanca y violencia, con el estruendo de cien truenos, y del tronco no quedaron más que astillas,

flotando aquí y allá. Y costaba creer que la misma orilla no se hubiera desintegrado.

Empapado, jadeando, mientras el océano admitía su derrota y las rocas, aún en pie, se sacudían el agua, el lobero volvió a mirar aquel roquedo solitario.

Aguantaban los percebes, las lapas y los mejillones, pero no había rastro de aquel insensato, ni del bolsón ni de su hierro. Y el perro trotó arriba y abajo, inquieto.

Más allá, en una revuelta de los acantilados, había alguien más. Un viajero espigado con ropas ligeras y un zurrrón al hombro. Y también miraba embobado hacia aquella roca vacía, con las manos en la cabeza y el rostro ahogado en asombro.

Y ambos, el animal y el hombre, se inclinaron sobre el abismo. Pero sus esfuerzos fueron en vano: la roca continuaba vacía.

El perro domó sus nervios, pero el viajero, espoleado por la curiosidad, se descolgó hasta un saliente y pisó una mata de hinojo de donde, graznando maldiciones, salió volando un charrán. Se llevó tal susto que tuvo que arañar la roca como un gato para no despeñarse, y tan poco le faltó para desgraciarse que, en cuanto recobró el equilibrio, empezó a soplarse las uñas sin apartar los ojos del agua.

En un revoltijo del mar apareció entonces una serpiente. Enorme, culebreando entre la espuma y las astillas. Y al momento, junto a la bestia, algo salpicó con fuerza, y una mano salió del agua para sujetarla sin miedo.

Al viajero se le olvidó continuar soplando. Sólo era una sogá.

Tirando de sí mismo, sacudiéndose la mojadura como su perro, el joven se aupó en la peña sin contratiempos. Ni siquiera palpó el bolsón. Se lo veía seguro y tranquilo.

El viajero lo miró entrecerrando los ojos, rebosante de preguntas y, de improviso, se palmeó la frente. Miró al perro,

luego al mariscador, y de vuelta al lobero. Y aplaudió emocionado antes de empezar a gritar a todo pulmón.

El joven lo descubrió haciendo aspavientos en el acantilado. Vestía con brillantes colores. Era imposible no verlo chillar como un descosido, pero no entendía una sola palabra y prefirió prestar atención a las olas y los percebes. Tenía prisa, la marea volvería a subir y se lo tragaría todo.

Mientras otro puñado caía en el bolsón, el viajero escudriñaba las rocas. Buscaba un camino por el que descender, pero no lo encontraba. Para bajar tendría que descolgarse por el precipicio y arriesgar los dientes. Aun así, parecía dispuesto a intentarlo con tal de acercarse.

Y no tardó en quedar como una lagartija, en precario equilibrio entre los rastros que crecían en la pared, cuando el perro, más atento a lo que en verdad era urgente, se echó a ladrar una vez más.

Tras una breve tregua, a la cuenta de siete, una nueva montaña azul se cernía sobre la costa, dispuesta a pulverizarlo todo a su paso.

El pescador, como la vez anterior, como tantas otras, respiró profundamente y, con parsimonia, descendió por la cuerda hasta quedar bajo el agua. A más de cinco brazas de profundidad.

Vio la ola romper sobre su cabeza, empeñada en desgarrar las rocas. Sintió la fuerza de las corrientes, y tuvo que usar las piernas para evitar que lo espachurrasen. No fue fácil, pero, de haberse quedado en la superficie, habría muerto como un cangrejo despistado.

Esperó hasta que el ajeteo cesó y escaló de nuevo, dispuesto a concluir su tarea mientras durase la bajamar. Y antes de arrancar un puñado de percebes echó otro vistazo al acantilado.

El lobero seguía allí, ejerciendo de centinela.

El viajero, no.